

La enorme tragedia del sueño

Juan Ángel Juristo

Las cualidades de esta última novela de Justo Navarro son grandes y remiten, de forma subrepticia pero con una pertinencia adecuada a los grandes temas de la literatura arrinconados en los géneros populares. Este modo de ver la madeja narrativa tiene mucho de cervantino y en esta novela el autor se ha empleado a fondo para enlazar el juego de espejos tan propio del juego barroco, pongamos por caso el manuscrito hallado, con la telaraña conceptual que tiñe el imaginario de nuestra época, el espejo que remite de continuo a otro que remite a otro para dudar que sea incluso la realidad. Este enlace está realizado de manera sutil y goza de cierto toque maestro. De ahí que la novela pueda ser calificada como una narración de espías, pero, como sucede en Cervantes, esa inmersión en el género lleve a otros vuelos de calados más abismales. Así, la novela, en cuanto relativa al género, puede ser definida, con frase eliotiana, como «una desolación de espejos», algo justo porque no en vano la frase de Eliot era cita frecuente de James J. Angleton, uno de los grandes cerebros de la CIA y discípulo de Ezra Pound, y uno de los personajes principales de esta narración que se perfila como una indagación en torno a la detención de Ezra Pound por las tropas aliadas, su consiguiente encierro y posterior exhibición en una jaula en Pisa y la pregunta de si fue en realidad o no un agente doble sin que él mismo tuviera una conciencia plena de lo que estaba haciendo pues consta de manera fehaciente que el autor de los *Cantos* era un convencido admirador de Mussolini a quien veía como una suerte de *condottiero* moderno, un padre fundador de la misma

Justo Navarro. *El espía*. Editorial Anagrama. Barcelona, 2011.

talla que John Adams, sin ir más lejos. Trufada con esta indagación, que es en realidad el manuscrito de un autor de novelas de misterio, Carlo Trenti, se halla otra narración, la que lleva a cabo J.N. un traductor granadino de este Carlo Trenti, que viaja a Pisa con vistas a realizar la versión española de la novela sobre Pound justo en los meses, pero sesenta años después, de que el poeta norteamericano pasara en esta ciudad su encierro.

No hay más que atender al modo en que está estructurada la trama para darse cuenta de que Justo Navarro está vigilante respecto al imaginario de nuestra época y que el guiño literario, la cita pertinente, el juego continuo respecto a la importancia de una realidad que se nos escapa cada vez que queremos asirla, debe mucho al modo de indagar en el presente que realizan algunos escritores posmodernos norteamericanos, es especial Don DeLillo. Con ello no quiero decir que se advierta una deuda evidente con el autor de *Submundo* pero sí de una participación del lado más serio de esta narrativa y que podría estar plasmada en el DeLillo que desdibuja con mano maestra en *Contrapunto* las figuras de Thelonius Monk, de Glen Gould, de Thomas Bernhard. Además la exhaustiva información que maneja Justo Navarro de aquel período recuerda mucho al modo de trabajar de los escritores anglosajones, que siempre destacan, subrayan, el carácter eminentemente objetivo de la información sobre el decorado emotivo que puede producir el asunto. En este sentido bien puede decirse que Justo Navarro ha establecido una manera de trabajar las figuras históricas en la ficción que es rara en España, aunque más común en otras tradiciones, sin que esa enorme información prime sobre lo que debe constituir una novela, desbarate el imaginario de ficción.

Es este equilibrio uno de los logros de la novela. Escrita al modo de pequeños párrafos, que actuarían como un correlato de enfoques de cámara cinematográfica que sería también un modo de objetivizar mediante el estilo aquello que se cuenta, el lector asiste desde la primera página a los últimos días de la invasión angloamericana en el lado de la costa donde vivía Pound, en Sant' Ambrogio, Rapallo, en la Liguria, y el apresamiento de éste por dos partisanos en su casa mientras traducía a Mencio, uno de los grandes filósofos confucionistas chinos. Luego el traslado de este

a Pisa y el confinamiento en esa ciudad hasta el mes de noviembre. En medio, intensos *flash backs* donde se nos da cuenta de la vida de Ezra Pound en la Italia fascista antes de la invasión, se nos ofrecen pinceladas de su estancias en París, en diversos lugares de la dorada Arcadia de la Europa de las vanguardias, sus relaciones con Dorothy Shakespear su esposa, y con Olga Rudge, su amante de los viejos tiempos parisinos y de quien tenía una hija, Mary Rudge, su vida con las dos mujeres en Rapallo en una suerte de aburrimiento un tanto infernal, y sobre todo, la intromisión de toda suerte de personajes que hacen del libro algo parecido al zumbido de una colmena donde nada parece lo que es y donde puede suceder cualquier cosa. Especial atención merece la descripción de las relaciones de Ezra Pound con James J. Angleton, la ambigüedad esencial del juego que este futuro cerebro de la CIA se traía entre manos sabiendo los puntos flacos del poeta, la recreación de este mismo Angleton que es, de por sí, una personalidad fascinante, digno de pertenecer a la saga de personajes inventados por un Eric Ambler, un maestro del género de espías y que por aquellas fechas del confinamiento de Pound se encontraba en Italia filmando con John Huston escenas de propaganda de guerra por Monte Cassino, y, desde luego, la otra cara de la realidad, la que lleva a cabo J.N. en Pisa con los escritos de Trento sesenta años después de estos sucesos, y que recuerda al modo de trabajar del mismo Pound, hecha de collages, recortes, citas, vaivenes con las secuencias temporales...

Lo mejor de la novela, también lo más espectacular, aunque no necesariamente, ocurre al final de la misma, cuando el autor irrumpe en la trama Es lo contrario del modo pirandelliano pero los resultados son tan fascinantes para el lector como en la obra del dramaturgo italiano. Las dos últimas páginas parecen revelar todo el misterio de tan misteriosa novela, pero, ¿es realmente así? A estas alturas el interés del lector parece desplazarse de Pound, que ha acaparado toda la novela con la conjetura de si era o no un consciente agente doble, a la personalidad de Carlo Trenti, que vive enredado en la telaraña de una personalidad de múltiples apariencias, al modo de una suerte de metáfora del propio quehacer literario. En medio, J.N. el traductor, que, al modo de lo que es su oficio, se limita a intentar reproducir en otra lengua la exactitud

de lo que se la dicho y ha leído. El resultado es un fascinante juego literario que tiene como excusa al género de espías y del que Justo Navarro se sirve para crear, junto a citas de todo tipo, recurrencias históricas nada forzadas, recreaciones de ambientes por los que el autor siente pasión, descripciones de personajes delirantes, una narración de profunda raigambre cervantina y que como todo lo que contiene recursos cervantinos se muestra entre nosotros, ahora como antes, como una suerte de *rara avis*. Lo que si cabe asegurar es que *El espía* se muestra como una obra mayor de un autor que tiene en su haber libros como *Hermana muerte*, *La casa del padre* o *Finalmusik*, incidiendo si cabe en aspectos que se encontraban ya en estas narraciones y potenciando otras aún inexploradas. La literatura ©